

TEXTOS ESCOLARES GRIEGOS: UNA INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE HOMERO EN LAS ESCUELAS DEL EGIPTO GRECORROMANO¹

JUAN MANUEL DÍAZ LAVADO

Universidad de Extremadura

«*Las letras son un buen comienzo para la vida*»², escribe un chico del Egipto grecorromano de la mano del cual, así como de otros tantos compañeros suyos y maestros (alguno de cuyos nombres podemos leer aún hoy en pequeños fragmentos de papiro), vamos a procurar adentrarnos en el mundo de la escuela antigua. Lo haremos de manera muy somera, no hay espacio ahora para más, y apenas tomaremos contacto en este mundo de profesores que intentan enseñar a leer y escribir la lengua griega, y de discípulos que se esfuerzan, con trazos indecisos al principio y más firmes y elaborados con el tiempo, por aprender tales destrezas para dirigir con mejor pie sus vidas.

El único material con el que contamos para documentar e investigar la práctica escolar en la Antigüedad está constituido por los innumerables fragmentos papiráceos que, con mayor o menor fortuna, han podido sobrevivir hasta nuestros días. Consiguientemente, y habida cuenta de que la práctica totalidad de los citados fragmentos proceden de Egipto, hemos de tener presente que los datos así extraídos se circunscriben a una realidad geográfica muy concreta, aunque, bien es verdad, es posible extender nuestras conclusiones al resto del mundo grecorromano sin temor a equivocarnos en lo fundamental.

¹ Este trabajo se encuadra dentro del Proyecto subvencionado por la DGES (PB97-1311) y por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León (BOCYL de 26 de enero de 1999).

² *P. Bour.* 1.

Por otra parte, y sirva esto de lógica advertencia, la propia naturaleza del material con el que se trabaja (en muchos casos restos ininteligibles o demasiado corrompidos por la humedad u otros factores), o la simple dificultad de distinguir en muchos casos si nos encontramos ante la escritura de un alumno aventajado, un maestro, un escriba profesional o un simple particular, hacen casi imposible la identificación y catalogación de determinados restos papiráceos.

Nuestra área de acción cronológica cubre, por otra parte, desde la conquista macedonia de Egipto a finales del siglo IV a. C. (332), hasta la caída de Alejandría a manos de los árabes en el 642 d. C. En todo este intervalo de siete siglos la masa de la población siguió hablando su lengua nativa, en tanto que la griega se convirtió rápidamente en el medio de comunicación oficial y administrativo. El griego se extendió entre las capas altas de la sociedad, ya que su conocimiento era una de las llaves para lograr el ascenso socio-económico, una situación que la conquista romana no altera en lo substancial, pues la burocracia, que ya constituye una marca de identidad del gobierno de los lágidas, se incrementa bajo la dominación de Roma.

La sociedad egipcia de los Ptolomeos, y más incluso durante la época romana, era profundamente letrada en el sentido de que la mayoría de la gente estaba familiarizada de alguna forma con los modos literarios (los documentos de propiedad, los recibos justificativos de impuestos, las peticiones y el correo mantenían los canales de comunicación abiertos). Pero, si bien las letras y la escritura penetraron en la mayor parte de los círculos, la gran masa de la población permaneció iletrada o semiiletrada: en efecto, el número de personas que sabían leer y escribir era lo suficientemente extenso como para ayudar a los anteriores en sus necesidades: amigos, vecinos o el maestro del pueblo se encargaban a veces de escribir una pequeña carta, añadir la suscripción de un documento o incluso firmar un contrato, existiendo siempre, en último extremo, el recurso a los escribas profesionales.

En cualquier caso, los habitantes del Egipto grecorromano preferían trazar con su propia letra la firma de sus documentos o cartas antes que ser considerados como iletrados: siempre era mejor poseer y exhibir ese conocimiento aun escaso, siendo como era una marca fidedigna de prestigio social. De ahí que existiera en el ánimo general un afán por contar siquiera con una mínima escolarización, escolarización que proseguiría en la medida que lo permitieran la capacidad económica o la ubicación geográfica de la familia pues, en numerosas ocasiones, se hacía preciso enviar fuera a los hijos: tal es la realidad que testimonian algunas cartas conservadas en las que leemos, por ejemplo, estas impresiones de una madre: *«gracias a los dioses que*

*al pequeño le gusta la ciudad, él acude a la escuela y aprende con entusiasmo*³, o bien estas otras palabras tranquilizadoras de un chico a su padre: «*no te preocupes, papá, por mis estudios*»⁴.

Cuando el niño se disponía a comenzar sus estudios debía ponerse bajo la tutela del γραμματοδιδάσκαλος, γραμματιστής o διδάσκαλος. Su aprendizaje, entonces, estaba enfocado hacia la lectura y la escritura, además de algunas nociones de aritmética. El lugar donde se desarrollaba dicha actividad se denomina en los papiros διδασκαλείον, γραμματοδιδασκαλείον ο σχολίον, aunque bien es cierto que, en numerosas ocasiones, especialmente en las poblaciones menores, nuestro muchacho se limitaría a sentarse junto a su instructor y compañeros a la sombra de un árbol o en cualquier concurrida esquina de la ciudad⁵.

Más tarde, y si se contaba con los medios necesarios, el alumno pasaba al dominio del γραμματικός, maestro encargado de enseñar lengua y literatura, el estudio de Homero, los poetas y, desde principios del siglo I d. C., la gramática. Por último, los más afortunados entraban en contacto con la retórica y el discurso público a manos del σοφιστής o ῥήτωρ. Este sistema, tal y como se consolida en época helenística y se afianza en Roma durante el primer siglo de nuestra era, pudo ser operativo en los grandes centros urbanos de Egipto, poblaciones que contaban con algunas escuelas elementales, capaces de proporcionar un aprendizaje básico de letras a las clases inferiores, y una serie de gramáticos y rétores dedicados casi exclusivamente a las clases privilegiadas. Era en estas ciudades, como vemos, donde se ofrecían auténticas oportunidades para la educación y una mayor variedad de profesores para escoger.

La progresión típica, o al menos teórica, desde el γραμματοδιδάσκαλος al estudio de la lengua y la literatura de parte del γραμματικός no podía cumplirse siempre. Y así, mientras algunos jóvenes afortunados eran enviados, como ya dijimos, a las ciudades para continuar allí sus estudios, en las villas menores el διδάσκαλος tenía una clientela muy dispar, desde aquellos chicos que sólo podrían acudir un año o dos, o bien completar el curso sin aspirar a la enseñanza de segundo grado, hasta aquellos otros que estudiarían algún día en la ciudad y que se esforzaban por avanzar en su educación todo lo que le permitiera la competencia profesional del maestro.

³ PSI 1 94.

⁴ P. Oxy. 1296. 5-7.

⁵ Véase, así, por ejemplo, D. Chr. xx, 9-10: οἱ γὰρ τῶν γραμμάτων διδάσκαλοι μετὰ τῶν παιδῶν ἐν ταῖς ὁδοῖς κáθηνται, καὶ οὐδὲν αὐτοῖς ἐμποδῶν ἔστιν ἐν τοσοῦτῳ πλῆθει τοῦ διδάσκειν τε καὶ μαθάνειν.

En una situación de tal índole, los niveles de enseñanza no se pueden separar con claridad: podemos encontrarnos con maestros (γραμματοδιδάσκαλοι) que, a pesar de ejercer su labor en centros de población no muy grandes, conducían a sus alumnos a un elevado punto de instrucción, un hecho que parece demostrarse a partir de ejercicios donde hallamos gramática y glosas o comentarios de Homero, materias más bien propias del gramático: Sarapión, un estudiante avanzado de geometría, escribe a un amigo suyo, Ptolomeo, para que le consiga cierto papiro con explicaciones de geometría. La carta está dirigida a la escuela del γραμματοδιδάσκαλος local a donde Ptolomeo aún acudía⁶.

Según consta a partir de las fuentes literarias, el orden tradicional en la enseñanza de la lectura y la escritura se desarrollaba a través de una progresión de ejercicios que, según estima R. Cribiore⁷, probablemente no era la misma a la hora de aprender a escribir o a leer:

1. *Letras del alfabeto* y

2. *Alfabetos*: a través de ambos, nuestro estudiante tenía que adquirir familiaridad real no sólo con el nombre, sonido y apariencia de las letras del alfabeto, sino también con su lugar dentro y fuera de la secuencia alfabética, pues ello le permitía reconocer las letras cuando formaban parte de una palabra. El fin más inmediato era, en esta etapa, el que el alumno aprendiera a escribir su propio nombre.

3. *Silabarios*: Estos ejercicios eran considerados como fundamentales para aprender a leer.

4. *Listas de palabras*: las series de listados presentan un número considerable de vocablos de contenido y longitud muy variado. Los estudiantes debían aprenderlas de memoria, recibiendo así, según se piensa, una buena educación de corte general. Las fuentes literarias nos hablan de la necesidad de introducir palabras completas en la enseñanza de la lectura y escritura: así, tres cuartas partes de nuestros testimonios presentan las palabras divididas en sílabas o dispuestas según su número de éstas. Desde época romana aparecen series de vocablos que siguen el orden alfabético. Y aún hay otras listas, fuera de este primer grupo, que parecen haber sido recogidas por el alumno como ayuda a la memoria, o bien compuestas por el maestro para valerse de ellas en su enseñanza⁸.

⁶ SB III 7268. 4.

⁷ R. Cribiore, *Writing, Teachers, and Students in Graeco-Roman Egypt*, Atlanta, 1996, pág. 30 y ss.

⁸ Sobre la función desempeñada por las listas de palabras en la educación véase J. Debut, «De l'usage des listes de mots comme fondement de la pédagogie dans l'antiquité», *REA*, LXXXV, 1983, págs. 261-274.

5. *Ejercicios de escritura*: éstos se enfocan hacia la adquisición de un mayor destreza en la escritura, es decir, nos encontramos ante ejercicios copiados de modelos del maestro y palabras o pasajes de corta extensión repetidos muchas veces. Este nivel se solapa en ocasiones con el siguiente, que generalmente incluye textos no más largos de ocho versos. Casi la mitad de tales escritos consisten en máximas o γνώμαι procedentes en su mayor parte de los poetas⁹, unas exhortaciones morales por medio de las cuales los maestros intentaban inculcar en sus alumnos valores¹⁰ como los de la modestia, la abstinencia de las mujeres, la filantropía, la amistad o, de un modo particular, el de la piedad filial: en efecto, cuando el joven Apión refleja tales sentimientos en una carta que escribe a su padre, uno se pregunta si él no se ha inspirado un tanto en las γνώμαι de la escuela¹¹. Será en años posteriores, ya bajo la tutela del gramático o del rétor, cuando los estudiantes rememoren aquellas máximas con el fin de estudiarlas y desarrollarlas en composiciones¹².

6. *Pasajes breves*: en este punto, nuestro estudiante, además de escribir y memorizar sentencias o dichos célebres con su anécdota correspondiente (χρεία), estaba ya en disposición de aprender y copiar pasajes de poesía. Aquí Homero es el autor favorito, siendo muchos de estos ejercicios una buena prueba del papel preponderante que desempeñaba el poeta en la educación.

7. *Pasajes extensos*: este nivel, que alcanzan dos tipos de estudiantes, los del γραμματοδιδάσκαλος, y aquellos tutelados por el γραμματικός, constituye la categoría más compleja. Nos encontramos aquí con modelos realizados por el maestro, textos memorizados o tomados al dictado con fluidez por los discípulos más aventajados, otros en los que se distinguen separaciones entre sílabas o palabras para aquellos estudiantes que aún están aprendiendo a leer...; en cualquier caso, ejercicios todos ellos en los que el alumno entra en contacto con fragmentos más extensos de los poetas y en donde, como cabría esperar, Homero se yergue como el autor por excelencia¹³.

⁹ Véase a este respecto Isoc., *Ad Nic.* 44. Acerca del uso de las γνώμαι y de las colecciones de éstas en la educación, consúltese J. Barns, «A new gnomologium: with some remarks on gnostic anthologies», *CQ*, XLIV, 1950, págs. 126-137, y *CQ* NS, I, 1951, págs. 1-19.

¹⁰ Quint. I, 1, 35. Cf. Luc., *Anach.* 21: προιοῦσιν δὲ ἤδη σοφῶν ἀνδρῶν γνώμας καὶ ἔργα παλαιὰ καὶ λόγους ἀφελίμους ἐν μέτροις κατακοσμήσαντες, ὡς μᾶλλον μνημονεύοιεν, ῥαψωδοῦμεν αὐτοῖς. οἱ δὲ ἀκούσαντες ἀριστείας τινὰς καὶ πράξεις αἰοδίμους ὀρέγονται κατὰ μικρὸν καὶ πρὸς μίμησιν ἐπεγείρονται, ...

¹¹ *BGU* II 423: προσκυνήσω τὴν χίρην, ὅτι με ἐπαίδευσας καλῶς.

¹² Véanse, por ejemplo, Pl., *Prt.* 338E y x., *Mem.* I, 2, 56; *ibidem* IV, 2, 1; *ibidem* VI, 14.

¹³ Véase K. Robb, *Literacy and Paideia in Ancient Greece*, Oxford, 1994, en especial las págs. 159-182.

8. *Scholia Minora*: comentarios homéricos donde el texto del poeta se divide en *lemmata* (entradas) acompañados de sus correspondientes glosas, las cuales, dispuestas normalmente en una columna paralela, ofrecen una suerte de traducción de palabras o expresiones breves homéricas (muchas de ellas ya desconocidas) al griego estándar del momento¹⁴. Tal traslación, cuando cubre pasajes continuos, se halla muy cercana al ejercicio de la paráfrasis¹⁵, con la que, en ocasiones, se confunde.

9. *Composiciones, paráfrasis, sumarios*: esto es, paráfrasis y/o composiciones sobre un tema dado, resúmenes de episodios homéricos o de libros enteros y diálogos.

10. *Ejercicios gramaticales*: donde se recoge el estudio y clasificación de las diversas partes del discurso así como algunos ejemplos de paradigmas nominales y verbales¹⁶. Todos estos datos parecen proceder de diversas τέχναι, por lo que no puede hablarse de la existencia de un manual unificado para todas las escuelas. Sólo con posterioridad al siglo v d. C. se adopta con carácter general la Τέχνη Γραμματική atribuida a Dionisio Tracio.

11. *Cuadernos*: colecciones de ejercicios de contenido dispar que algunas veces son compilados por más de un estudiante. Los ejercicios contenidos en dichos cuadernos son los que previamente hemos ido desglosando.

A partir de lo visto en la anterior secuencia de ejercicios, nos damos cuenta de que tanto los destinados a la simple lectura, como aquellos otros más extensos y complejos, extraen fundamentalmente sus textos de dos campos literarios: el primero, por su mayor número de testimonios, unos 250 en papiros u otros materiales¹⁷, corresponde a la literatura gnómica, esto es, a máximas o citas exhortativas de carácter moral que pueden vincularse a un autor determinado (normalmente a Menandro, Diógenes o Esopo), o bien presentarse como anónimas.

En segundo lugar, y con 97 textos, se halla Homero, a gran distancia ya de los veinte ejemplos con que cuenta su más inmediato rival en las preferencias literarias escolares: nos referimos a Eurípides.

¹⁴ Véase A. Calderini, «Commenti minori al testo di Omero in documenti egiziani» *Aegyptus*, II, 1921, págs. 303-326; A. Henrichs, «Scholia Minora zu Homer I», *ZPE*, VII, 1971, págs. 97-150; F. Montanari, *Studi di filologia omerica antica* I, Pisa, 1979.

¹⁵ Cf. J.M. Díaz Lavado, «Paráfrasis homéricas en Plutarco», en J.A. Fernández Delgado y F. Pordomingo Pardo (eds.), *Estudios sobre Plutarco: Aspectos formales*, Madrid, 1996, págs. 429-446, para una visión general del ejercicio con bibliografía.

¹⁶ Para los ejercicios gramaticales, véase S.M. Weems, *Greek Grammatical Papyri: The School Texts*, Diss. Univ. Missouri-Columbia, 1981.

¹⁷ La utilización del término «papiro» cubre, por razones de comodidad, tanto los testimonios escritos en dicho material, como aquellos otros conservados en óstraca o madera.

Ahora bien, si la función desempeñada por los textos gnómicos como elemento útil para la educación ética del alumno es bien evidente, aspecto que ha sido continuamente recalcado por los diversos autores que tratan del tema en la Antigüedad (así Quintiliano en I, 1, 35-36), ¿qué sucede con el resto de los autores escolares? ¿acaso la selección llevada a cabo sobre éstos o sobre sus obras particulares responde a iguales fines? En este punto, el mejor modelo para llevar a cabo una investigación de esta índole, dentro de los autores que integran el *curriculum* escolar heleno, es sin lugar a dudas el poeta Homero.

Se tiene comúnmente la impresión, una impresión sacada de las propias fuentes literarias grecolatinas, de que Homero era leído en su totalidad a lo largo de los años escolares; sin embargo, la realidad, tal y como nos la exponen los papiros que contienen textos de *Ilíada* y *Odisea* con fines educativos, es bien distinta.

En efecto, de un total de 97 textos homéricos escolares catalogados por T. Morgan¹⁸, 86 proceden de la *Ilíada* frente a tan sólo 11 de la *Odisea*. Si nos fijamos ahora en el poema de la cólera de Aquiles (el del regreso de Odiseo no altera significativamente los datos generales), encontramos que, de aquellos 86 textos antes mencionados, 61 corresponden a fragmentos literarios en un sentido estricto, testimonios que son, en última instancia, los que aquí nos interesan para ver si la selección atestiguada responde a otros fines más allá de los eminentemente prácticos de la enseñanza de la escritura y la lectura.

Dentro de la *Ilíada*, no todos los libros están representados por igual; siendo el hecho más sorprendente que, a excepción de los cantos XVIII y XIX (ambos con un único texto), los papiros recogen sólo textos de la primera mitad del poema (libros I-XII), una tendencia que se ve acentuada con el paso del tiempo y que corre paralela a aquella otra que reduce nuestros testimonios hacia la primera mitad de cada canto particular.

Si dividimos nuestros 61 textos por épocas (*ptolemaica*, del siglo III al I a. C., *romana*, entre el I y el IV d. C., y *bizantina*, siglos V, VI y VII), comprobamos que en el período helenístico se citan tres de los cuatro testimonios del libro VI, uno de los tres del V y el único existente de los cantos X, XVIII y XIX.

La segunda mitad de la *Ilíada* desaparece en época romana, siendo escasamente representados los libros III (tres textos), V (dos textos), IX (dos textos), IV (uno) y VI (un testimonio). En el período del Egipto bizantino tampoco encontramos textos de la segunda parte del poema, quedando prácti-

¹⁸ T. Morgan, *Literate Education in the Hellenistic and Roman Worlds*, Cambridge, 1998, en especial las págs. 105 y ss.

camente reducidos nuestros fragmentos al canto primero (11 de los 17 textos contabilizados).

Por lo que respecta a cada libro de *Iliada* tomado como unidad, existe una clara progresión hacia la cita de la primera parte de los mismos, fenómeno que alcanza su punto culminante en los textos de época bizantina: así, de 17 textos, 16 se ciñen a la primera mitad¹⁹.

En cuanto al tipo de ejercicios reflejados en estos textos de *Iliada*, resulta interesante descubrir cómo, mientras en la época ptolemaica aparecen sólo los denominados *pasajes breves* (un papiro), *pasajes extensos* (tres papiros) y una *composición* de varios textos, durante la dominación romana y bizantina de Egipto, aparecen «ejercicios de escritura» (un papiro romano y otro bizantino), *scholia minora* junto a textos (dos romanos y un bizantino) y *cuadernos* (dos romanos), circunstancia que parece hablar de la necesidad no sólo de ejercicios más simples, sino también de aquellos otros tendentes a explicar un vocabulario cada vez más ininteligible (véanse los escolios asociados a textos) o a la compilación o resumen del material destinado a la escuela (p. ej., los cuadernos).

Dentro ya del ámbito de los contenidos que albergan dichos textos, observamos que éstos suelen concentrarse en torno a siete campos definidos, unos grupos que, en ningún caso, parecen responder a nuestras expectativas actuales a la hora de estudiar o leer los poemas y que, en ciertas ocasiones, resultan sorprendentes cuanto menos.

1. El conjunto más numeroso, con 18 ejemplos, es el de las *listados* o *descripciones* pormenorizadas: aquí podemos destacar los textos del «catálogo de las naves» del canto segundo: «*Al frente de los beocios iban Penéleo y Leito... Y los que habitaban Aspledón y Orcómeno Minieo... Al frente de los focídeos iban Esquedio y Epístrofo*»²⁰;

o la curiosa relación de 12 nombres de las nereidas que acompañan a Tetis (*Il.* XVIII, 45-49): «*Dóride, Pánopa y la muy ilustre Galatea, / Nemertes, Apseudes y Calianasa; / allí estaba Clímena, Yanira y Yanasa / Mera, Oritía y Amatea, de hermosos bucles, / y las demás nereidas que había en el abismo del mar*»²¹;

¹⁹ Cf. ambas tendencias, la que afecta al poema en su conjunto y aquella otra observada en cada canto como unidad, con la observada en las citas homéricas contenidas en autores literarios; véase sobre este particular J.M. Díaz Lavado, *Las citas de Homero en Plutarco*, Tesis, Universidad de Extremadura, 1999 (inédita).

²⁰ *O. Bodl.* 1506 (= Pack² 0656.0), ¿siglo II d. C.?

²¹ *P. Mich.* inv. 4832c, siglo II-I a. C.

o bien la descripción de la armadura de Agamenón en *Il.* xi, 35-47, la revista del Atrida a sus tropas en *Il.* iv, 364-373, o la referencia a los héroes que acompañan a Héctor en el combate (*Il.* xi, 49-60): «... *al otro lado, los troyanos, sobre el alcor de la llanura / formaron en torno del alto Héctor, del intachable Polidamante, / de Eneas, honrado como un dios en el pueblo de los troyanos, / y de los tres Antenóridas: Pólipo, Agénor, de la casta de Zeus, / y el mozo Acamante, semejante a los inmortales...*»²²

2. Diez ejercicios cubren lo que denominamos «escenas significativas», tal vez el conjunto de ejercicios que más se aproximan a lo que hoy en día esperaríamos de una selección de textos de Homero: aquí leemos por dos veces el episodio de la cólera del Pelida ante la cerrazón del Atrida Agamenón en *Il.* i (tres textos), el famoso encuentro de Héctor y Andrómaca en *Il.* vi (1), el sacrificio ofrendado por Agamenón a Zeus para consagrar la tregua pactada con los troyanos en *Il.* iii (un texto), o bien el discurso del jefe de los ejércitos griegos en *Il.* ii cuando insta a huir a sus huestes con el ánimo de probarlas (un texto).

3. Otro grupo es el constituido por los «versos emblemáticos», es decir, por hexámetros que inician un canto o escena muy conocidos; tal es el caso de los versos que dan comienzo a la *Ilíada*, citados en seis ejercicios: «*La cólera canta, oh diosa, del Pelida Aquiles, / maldita, que causó a los aqueos incontables dolores, / precipitó al Hades muchas valientes vidas / de héroes y a ellos mismos los hizo presa para los perros / y para todas las aves —y así se cumplía el plan de Zeus—, / desde que por primera vez se separaron tras haber reñido / el Atrida, soberano de hombres, y Aquiles, de la casta de Zeus / ¿Quién de los dioses lanzó a ambos a entablar disputa?*»²³;

el hexámetro que inicia el «catálogo de las naves» («*Decidme ahora, Musas, dueñas de olímpicas moradas*»²⁴) o el canto de la «Embajada ante Aquiles» («*Así montaban guardia los troyanos, mientras los aqueos*»²⁵)

4. Otros ocho ejercicios son los que tratan de «prodigios o escenas divinas»: entre todos ellos destacamos el del Sueño engañoso que Zeus envía a Agamenón a comienzos de *Il.* ii (2 ejercicios): «*Y dirigiéndose a él le dijo estas aladas palabras: / Anda, ve, pernicioso Ensueño, a las veloces naves / de los aqueos, y entra en la tienda del Atrida Agamenón / y declárale todo muy puntualmente como te encargo: / ordénale que arme a los aqueos, de melnuda cabellera, / en tropel: ahora podría conquistar la ciudad, de anchas calles, / de los troyanos, pues los dueños*

²² T. Alexandria G.R. 28759, siglo iv-v d. C.

²³ P. Sorb. inv. 2089 (= Pack² 0558.0), siglo iii d. C.

²⁴ O. Bodl. 2454 (= Pack² 0657.0), ¿siglo ii d. C.?

²⁵ Ed. pr.: P. Schub. 20 (= Pack² 1691), siglo iii-iv d. C.

de las olímpicas moradas, / los inmortales, ya no discrepan, porque a todos ha do-
blegado / Hera con sus súplicas, y los duelos se ciernen sobre los troyanos»²⁶,

o aquella escena en la que Teis protege el cadáver de Patroclo en XIX (un texto):

«Y destiló en el cuerpo de Patroclo ambrosía y rojo néctar / por la nariz, para que
la piel permaneciera incorrupta»²⁷.

5. En otras ocasiones nuestros textos reflejan escenas de batallas o acciones relacionadas directamente con los héroes de la epopeya (cinco ejemplos): el testimonio más llamativo lo constituye un papiro de época romana que contiene aproximadamente 52 versos (265-289 + 287-317) de la «Aristía» de Diomedes (*Ilíada* v)²⁸. Ambos textos constituyen, en cualquier caso, una excepción frente a los cinco versos de media que ocupan el resto de los ejercicios aquí encuadrados: Héctor promete unos caballos y un carro a quien se atreva a ir a espiar a los aqueos (*Il.* x, 305-306); Agamenón se apresta para el combate (*Il.* xi, 10-23) y el poeta ensalza las excelencias del Atrida (*Il.* ii, 483): «destacado entre todos y sobresaliente entre tantos héroes»²⁹.

6. Los símiles, famoso recurso compositivo de la poesía de Homero, también aparecen contemplados en nuestros ejercicios de escuela. Contamos así con cinco ejemplos de época romana y bizantina, dos de los cuales podrían, sin embargo, adscribirse también al grupo de los versos emblemáticos por cuanto contienen los primeros versos de los libros IX (1-7) y III (1-5 —*ejemplo*—):

«Una vez ordenado cada ejército con sus príncipes, / los troyanos marchaban con
vocerío y estrépito igual que pájaros, / tal como se alza delante del cielo el chillido de
las grullas, / que, cuando huyen del invierno y del indecible aguacero, / entre grazni-
dos vuelan hacia las corrientes del Océano»³⁰.

En este apartado hemos incluido, por una cuestión puramente funcional, escenas típicas como aquella del banquete de *Il.* i, 468-473, en donde los griegos se congracian con Crises y Apolo.

7. Nos encontramos, para terminar, con el único texto gnómico de origen homérico encontrado en un papiro de tipo escolar: se trata de un papiro ptolemaico con tres ejercicios sobre *Il.* vi, 147-149:

147-148: «de las hojas, unas tira a tierra el viento, y otras el bosque / hace bro-
tar cuando florece, al llegar la sazón de la primavera».

²⁶ Ashmolean Museum (Oxford). Descr.: *P. Ant.* iii 156, siglo III-IV d. C.

²⁷ *P. Mich.* inv. 4832c, siglo II-I a. C.

²⁸ *T. Berol.* inv. 11636 (= Pack² 0742.0 + 1180), siglo III-IV d. C.

²⁹ *O. Bodl.* 1506. (= Pack² 0656.0), ¿ siglo II d. C.?

³⁰ *O. Wadie Hanna* (= Pack² 0680.0), siglo II-III d. C.

147: «de las hojas, unas tira a tierra el viento, y otras el bosque».

149 (1ª mitad —escrito dos veces—): «así el linaje de los hombres / ...»³¹.

Existen, además de los descritos con anterioridad, un par de ejercicios que, por su propio contenido, son de dudosa clasificación: el primero nos trasmite el verso 407 de *Il.* III, hexámetro donde Helena reprocha a Afrodita «y ojalá no vuelvas a regresar sobre tus pasos al Olimpo»³²; el segundo transcribe *Il.* I, 22, «entonces todos los demás aqueos aprobaron unánimes»³³, texto encuadrado en la escena inicial de la *Ilíada*.

Si ordenamos estos anteriores apartados temáticos desde un punto de vista diacrónico, nos percatamos de que los papiros ptolemaicos contienen «escenas de héroes», «listados», «prodigios», «escenas significativas» y un texto de naturaleza gnómica. Frente a esta distribución, los testimonios de época romana, junto a una destacada presencia de los listados, inciden más en los ejercicios con «versos emblemáticos», los símiles de principio de canto o las «escenas significativas». El material bizantino, por su parte, sigue la línea de los anteriores por lo que respecta a los «versos emblemáticos» y las listas de nombres o descripciones.

Con la salvedad hecha de que muchos de nuestros testimonios presentan, por su precario estado de conservación, evidentes dificultades de lectura que pueden llevar a discutir su adscripción a uno u otro campo, una visión de conjunto sobre los ejercicios que aquí hemos catalogado nos permite percibir que, con el paso de los siglos, parece darse una concentración de los temas en torno a los listados, la escena de la disputa entre Aquiles y Agamenón, los primeros versos del canto primero y algunos símiles, todo lo cual anuncia un gusto creciente por la compilación o el resumen de los contenidos en unos textos cada vez más estandarizados.

Tal simplificación dentro del material disponible para fines educativos no sólo coincide, en líneas generales, con aquella tendencia de la escuela hacia la reducción paulatina de los cantos y, dentro de éstos, hacia la utilización de los versos de la primera mitad de los mismos, sino que también concuerda, esta citada concentración, con la presencia de un número relativamente mayor de ejercicios básicos, de ejercicios léxicos de carácter explicativo o de cuadernos donde se recogen, a modo de conjunto, las necesidades del estudiante para los diferentes niveles educativos.

Si esto es así, tal y como parece deducirse a partir de los datos que hemos manejado, los papiros, óstraca y tablillas escolares no cubren sino una

³¹ *P. Harvard Houghton SM 4371* (= Pack² 0780.0), siglo I a. C.

³² *P. Lund.* inv. 45 (= Pack² 0704.0), siglo III-IV d. C.

³³ *O. MMA.* Ed. pr.: *Mon. Epiph.* II 614 (= Pack² 0563.0), siglo VI-VII d. C.

porción ínfima del texto de los poemas de Homero, fracción mediante la que el alumno no podría hacerse una idea de la obra como conjunto pues, en todo caso, a lo máximo que se llega es al resumen de algunos libros, y esto ya sólo en los niveles superiores. Por otra parte, los fragmentos llegados hasta nuestras manos no permiten el estudio de cuestiones de estilo, dicción, figuras o composición en general, ni siquiera parece que se busque en ellos la formación ética de quienes los leen, una meta que sí se contempla claramente con la lectura de las *γνώμαι*.

La razón del interés por el estudio de Homero habrá que buscarla en otras causas.

Debemos recordar, primeramente, que tanto la elite como los grupos sociales más bajos compartían un único *curriculum* literario y que, en definitiva, la diferencia entre ambos estratos se fundamenta en las posibilidades de aquéllos frente a éstos para ascender a través los niveles superiores de la enseñanza: en los peldaños inferiores, por consiguiente, todos participan de las mismas oportunidades educativas.

Si tenemos ahora en cuenta que la educación en la lengua griega, sus textos literarios y su ciencia son parte fundamental del control de Egipto por parte de los griegos, primero, y de los romanos después, podemos concluir que este tipo de enseñanza proporciona una sensación de cultura común que reafirma la identidad de los gobernantes frente al resto de la población autóctona, identidad basada en un helenismo que no está, en principio, fuera del alcance de quienes asistan a una escuela. Pero como la mayoría de los habitantes del país sólo accede a dicha educación por un breve período de tiempo, se hace preciso adquirir, a la mayor brevedad posible y con un gasto mínimo, algo que le permita a uno identificarse como griego aunque sólo sea a modo de débil pátina cultural, un propósito que beneficia paralelamente, por su efecto de aculturación, a la elite grecorromana; es este el momento en el que entra Homero a escena y en donde los papiros escolares adquieren una funcionalidad más allá de la mera introducción al mundo de la lectura y de la escritura.

Si consideramos que Homero es el poeta por antonomasia, el representante más conspicuo de la cultura helena, su quintaesencia, comprendemos que, para cualquiera que deseara identificarse con la sociedad gobernante, aquellas listas de nombres de héroes, dioses o pueblos, los episodios más típicos, los símiles, algunas escenas con los Olímpicos, los versos que dan comienzo a la *Iliada* o a alguno de sus libros, ofrecían a los alumnos el material más útil que pudiera imaginarse para su utilización posterior a modo de citas o alusiones con las que poder jactarse, ante propios y extraños, de compartir una misma cultura común: la griega.